

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

AÑO XVI.—1858.

EL INVIERNO.



SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. I

EL INVIERNO.

Y en las noches de invierno
fuego para bailar, un roble entero.

MELENDEZ.

Cuántas veces se ha pintado al invierno con el pincel, el lápiz, la pluma, y aun con la música, que también tiene sus colores, no se le ha pintado sino bajo un aspecto físico y material, tomado por el lado triste.

Representase en forma de un anciano medio desnudo, que se calienta en un brasero, ó una mujer llena de frío, que la intensidad de la temperatura devora, ó un niño envuelto en nieve, y siempre con témpanos de hielo, días sombríos, y en una palabra, en materia afectando á los sentidos. Esta manera de considerarle la debemos á los antiguos, y particularmente á la época tan celebrada, llamada del Renacimiento.

El invierno tiene sus encantos, sus variedades, sus diversiones, sus placeres. Panegiristas del invierno, tendríamos bastante trabajo si fuésemos á recoger los votos que hay en su pró.

El invierno renueva la naturaleza. Si es un poco severo, trae el orden y la fuerza; hé aquí sus ventajas. Sus encantos y alegrías en el orden religioso, son superiores á los del verano, y es sabido que solo la religión católica es la que ha fundado el espíritu de familia y los placeres inocentes del hogar doméstico. Admirables son las fiestas graciosas que la Iglesia, esta buena madre, ha colocado en esta estación árida y fría, el invierno, como para adornarlo.

El invierno no viene en la época fija é invariable que señala el almanaque, y mas de una vez se retira antes de la época en que el calendario, que tiene sus pretensiones de infalible, si bien modestamente termina con su *Dios sobre todo*, le ha marcado su término.

A la mañana siguiente del día de Todos los Santos, se anuncia ya el invierno con el grave y tierno luto de los difuntos tan queridos de las almas piadosas. Caen las hojas entonces, los días menguan, el sol se retira poco á poco y melancólico, empero, benévolas transiciones traen insensiblemente el sueño necesario que viene á repararlo todo.

Desde entonces las festividades comienzan en las familias. San Martín, tan grato á nuestros padres que lo festejaban en un banquete, cuyas costumbres han quedado aun en algunas de nuestras provincias como en la de Valencia, donde es en aquel día libre la caza en la magnífica posesión real de la Albufera. Sigue después Santa Cecilia, que preside á la armonía y á los dulces conciertos. Santa Catalina, patrona á la vez de los jóvenes y de la prudencia. San Andrés, el primero llamado de los apóstoles. San Eloy, patron de los plateros y de los artífices hábiles. San Francisco Javier, cuyo nombre espresa él solo la propagación de la fe que civiliza. Santa Bárbara, protectora de los artilleros y de los marinos, salvaguardia contra los incendios. San Nicolás, ese dulce patrono de la juventud, cuya imagen se encuentra hasta en las mas modestas iglesias.

Dos días mas tarde se levanta la grande y radiante festividad de la Inmaculada Concepción, aurora de la salvación

de los hombres. Después la espectación del parto de la Santísima Virgen, y en muchos lugares el miércoles de las cuatro temporadas del Adviento, la misa matinal y pomposamente llamada la *misa de oro*, que celebra la salida de los magos y que se canta antes de amanecer en favor de los viajeros.

Un poco mas tarde viene el día de Santo Tomás, que es tres días antes de Navidad.

Luego llega esta, que es sin contradicción la mas simpática, la mas augusta de las fiestas cristianas, es uno de esos días en que, á la solemnidad de los misterios mas santos se une el hechicero encanto y la inefable dulzura inseparable de las fiestas de la familia que la religión ha consagrado. Navidad es la fiesta de recuerdos para los ancianos, es la fiesta de las esperanzas para los jóvenes.

Es el momento en que, despojada la tierra de sus adornos, las familias se reúnen en torno del hogar doméstico, que el nacimiento de Jesucristo viene á alegrar. ¡Noche de salvación que los profetas habían prometido desde largo tiempo! Noche celestial en que la estrella mensajera condujo los reyes al pie de la cuna de un niño que debía regenerar la sociedad entera. Para celebrarla la aldea enciende hogueras, cantan las jóvenes alegres himnos villancicos, y los niños, admirados de verse despiertos todavía en medio de la noche, guardan cuidadosamente para todo el año un recuerdo.

Esta festividad, la mas hermosa de la religión católica, debía ser necesariamente la mas hermosa de las fiestas de las familias cristianas. Así, en todas las edades, en todas las épocas y en todos los pueblos, se encuentran las fiestas de Navidad con un carácter diferente, pero siempre sencillas é inocentes.

Si consultamos nuestros recuerdos históricos, si nos referimos á la edad media, veremos que, en la velada de ese gran día, desde por la mañana, el señor del pueblo y sus vasallos, después de haberse adornado con los vestidos de los días de fiesta, iban con gran ceremonia á la iglesia, y después volvían al castillo, cuyas puertas hallaban abiertas, y había para todos abundante cena y grandes bailes en medio de los salones y de los patios de la mansión feudal.

No cierra la Navidad las fiestas del invierno. Al día siguiente se celebra á San Esteban, el primero de los mártires, y al otro á San Juan, el apóstol predilecto de Jesús. Después de la del apóstol querido, viene la fiesta de los Inocentes, en que los niños son este solo día, los amos de la casa. Este día era en otro tiempo una fiesta inmensa, alegre, para las nacientes generaciones. Solo ha quedado de ella algunos hermosos vestigios en ciertos pueblos. En nuestras catedrales todavía, en este día los infantillos ó niños de coro, se ponen la capa pluvial y mandan y dirigen los oficios.

Diciembre queda cerrado con San Silvestre, que bendice los vergeles, y al día siguiente, primero del año nuevo, día de aguinaldo, es un día de que no necesitamos hablar á nuestros lectores. Los cabezas de familia saben cuán cara cuesta esta antiquísima costumbre, importada desde los primeros tiempos de los romanos. Si son hijos de familia ó niños, sabrán cuán útil es para ellos, y recordarán cuántas veces la han explotado á su favor.

Este día tan alegre, es seguido rápidamente de la festividad de los Reyes, que concluye con banquetes en que se reúnen las familias. En la misa de este día se anuncian continuamente las pascuas de la Primavera; el sol se acerca á nos-

otros, los días crecen, y si la juventud corre todavía patines sobre el hielo de los estanques, mientras el niño se ocupa en los estudios que invierten su tiempo, ó las gentes del mundo y los felices de la tierra se distraen en los bailes y en los conciertos, las golondrinas, en quienes no se piensa, volverán bien pronto.

Muchas fiestas locales alegran los días siguientes hasta la Candelaria que prepara la Primavera y hasta la Encarnación que la trae. En el invierno también se verifica el Carnaval, esa época de locura humana en que los hombres poseídos como de un vértigo de alegría corren como las antiguas furiosas bacantes del paganismo en pos de las diversiones y de los placeres.

El viento, las nieves y las lluvias son penosas al viagero; pero ¿por qué viaja en invierno? ¿Quién le obliga á romper el reposo que el cielo le dá? Y si es una necesidad la que le fuerza á abandonar por algunos días el abrigado interior de su casa; la religión le ofrece también mil socorros. En las nieves seculares que lo separan del Mediodía, el viagero es vigilado y socorrido por los monges de San Bernardo, esos ángeles de la tierra que no han encontrado ingratos porque todo el mundo reconoce su utilidad. En otro tiempo los conventos eran un seguro asilo al viagero: hoy la Iglesia les da lo poco que ha podido salvar: el tañido nocturno de sus campanas vuelven al camino al pobre viagero estraviado.

Se ha comparado por muchos el invierno á la vejez. Nosotros al contrario vemos mas bien en esta estación la primera edad que se regocija al través de algunas privaciones, que pierde la razón en las extravagancias del Carnaval, y después se levanta en la vida arreglada de la Cuaresma y de las Pascuas, imagen fiel al principio y al fin de la adolescencia.

Esto con respecto á la vida social. En invierno, en que las noches son muy largas, han encontrado los hombres el medio de abreviarlas por medio del placer. Por eso el invierno es la época de los bailes y de las diversiones, de las grandes reuniones, en donde se ostenta el lujo y todas las maravillas que los grandes adelantos del día proporcionan.

En cuanto á la tierra, en cuanto al agricultor y al jardinero laborioso, en invierno no hay jamás reposo, porque el invierno que viene á anticipar casi todos los trabajos que se hacen al aire libre, es una estación durante la cual su celo y actividad, lejos de amortiguarse, deben, al contrario, redoblar. Durante el invierno comienza á mostrarse la vegetación; entonces es cuando deben confiarse á la tierra casi todas las simientes que han de hacer ricas y productivas la primavera y el estío; durante el invierno, cuando las heladas no son de temer, es decir, del 15 al 20 de enero, deben podarse los árboles frutales, comenzando por los perales y los manzanos, para después dedicarse á los otros árboles. Cuando el frío es vivo y la temperatura baja por la noche muchos grados bajo cero, es preciso sostener y vigilar las plantas para impedir que los hielos penetren en ellas.

Además de los trabajos generales del agricultor, en los jardines en el mismo mes de enero se hacen todas las cavas y obras de terraplen proyectadas; en una palabra, el invierno es el que hace todos los trabajos; en su tiempo se verifican en el centro de la tierra las grandes operaciones de germinación, pudiendo decirse que el invierno trabaja y la primavera es la que luce el fruto de sus vigilias y cuida-

dos. El invierno es la época del reposo de la naturaleza, es un sueño, y así como el hombre fatigado de los trabajos del día necesita del reposo de la noche para reparar sus fuerzas, y á la mañana siguiente se levanta ágil, activo y dispuesto á continuar los nuevos trabajos, así la naturaleza descansa por medio del invierno y en la primavera vuelve á recobrar toda su fuerza, todo su vigor. Y si en la estación de que nos ocupamos permanece al parecer en inacción la naturaleza, á ella se debe la prodigiosa actividad, la vivificadora sávia, y la espléndida vida que despliega la florida y hermosa primavera.

EL CONDE DE FABRAQUER.

FEDERICO O EL JOVEN BATELERO.

(Conclusion.)

Después de sufrir aquellas negativas, se sentó el pobre niño, con el corazón atribulado, al pie de una balastrada de hierro colocada ante una casa de hermosa apariencia, y se puso á reflexionar sobre lo que había de hacer. Eran cerca de las cinco; la atmósfera estaba triste y sombría; un cielo plomizo daba á todos los objetos un color bajo y sombrío, y la noche avanzaba á pasos agigantados. No tardó en empezar á nevar, y no contempló sin una secreta admiración sus anchos copos, semejantes á bonitas plumas blancas, descendiendo con gracia y lentitud del cielo á la tierra. De repente, un tropel bullicioso de niños de su edad pasó rápidamente junto á él, riendo á carcajadas, y tras ellos, y como para servir de contraste á aquella turba alegre, vió una muger enlutada.—Se le figuró que se parecía mucho en su aire y andar á su madre.—Pero todos aquellos transeúntes no se detenían; nadie le miraba, nadie le observaba, nadie se inquietaba por él; estaba solo, abandonado sobre aquella tierra húmeda y helada. Poco á poco fué resintiéndose de un dolor sordo, y su estado mental participaba del sueño y de la alucinación.

Súbito oye á sus espaldas y sobre las húmedas baldosas pasos ligeros á muy corta distancia, y casi al mismo tiempo, una voz dulce, angelical, una voz infantil pronuncia dulcemente esta afectuosa pregunta:

—¿Cómo estás?

Sorprendido Federico se vuelve vivamente y vé junto á él una niña de dos años próximamente, de una fisonomía encantadora adornada de largos cabellos rubios. El cutis de aquella niña era de una blancura extraordinaria, y sus miradas estaban impregnadas de una calma tan bondadosa, que Federico dudó si veía en ella un ángel bajado del cielo para consolarle. Llevaba una pelliza azul, forrada de piel de cisne.—La niña se adelantó hacia él corriendo, y le presentó con una dulce sonrisa una bonita muñeca de cera, vestida con un rico traje de seda, con la que parecía tener mucho empeño en que hiciera conocimiento. Federico pensó en la hermana que había perdido, y sus ojos se llenaron de lágrimas. La niña alargó una linda manita como para enjugárselas, mientras que con la otra continuaba presentándole su querida muñeca de cera, diciéndole:

—No, no, no llores.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa, y una señora ricamente vestida salió á la calle exclamando:

—Mary, picarilla, ¿cómo estais ahí?

En seguida, parándose de pronto, dirigió una investigadora mirada á Federico, y le dijo:

—Y vos, ¿qué haceis en ese sitio? ¿Quiénes son vuestros padres?

—No tengo padres, señora, contestó Federico con una voz sofocada por las lágrimas, levantándose al mismo tiempo; mi madre ha muerto. Me he sentado aquí para descansar un momento.

—¡Y bien! marcha al punto, replicó con dureza la dama.

Pero la niña se colocó delante de su madre, y en su gracioso chapurrado, inglés por el acento, se esforzó en hacer entender á Federico que estaba resuelta á darle su bonita muñeca de cera, que segun ella, debía librarle infaliblemente de todas sus penas.

La señora enternecida buscaba al mismo tiempo en su bolsillo. Sacó medio dollar que arrojó á Federico.

—Con esto, hijo mio, le dijo, tendreis cena y cama, y mañana acaso encontrareis colocacion.

Y, dichas estas palabras, se volvió á entrar precipitadamente en la casa, llevándose con ella á su niña, y cerró la puerta.

Federico no necesitaba solo dinero; así que sin apresurarse y con el corazon oprimido recogió el medio dollar que se le habia arrojado.

En tanto las nubes iban apiñándose cada vez mas; la calle iba quedando desierta, y el cierzo habia helado las lágrimas en la megilla del pobre niño, mientras marchaba á pasos lentos á través de la semi-completa oscuridad.

—Siempre estoy á tiempo, se dijo, de volver al barco del canal; allí encontraré al cocinero, que me ha dicho vuelva á acostarme con él, si no tenia la suerte de encontrar colocacion.

Y reanimado con aquella idea, apresuró el paso.

Pasando junto á un café resplandeciente con la luz del gas, oyó muchas voces que le llamaban por su nombre. Federico se detuvo. Una caricia, la vista de un perro amigo le hubiera causado placer en aquel momento; así que se regocijó cuando reconoció las ruidosas voces de muchos mozos campechanos, hace poco ocupados como él en la maniobra del barco del canal. Tratáronle como á un antiguo conocido, invitándole á tomar un sitio junto á ellos en el café cuyas mesas ocupaban. El resplandor de las luces y el calor que despedia un calorifero bien alimentado, ejercian ya en el recién llegado su benéfico influjo, y los semblantes comunicativos de sus camaradas, su aspecto vivo y alegre, no tardaron en disipar la tristeza que tenia pintada en su rostro.

Al principio se mofaron todos de su fisonomía compunjada; en seguida convinieron unánimemente en que necesitaba beber algo caliente para reanimarse y hacerle recobrar su acostumbrada alegría.

Federico vaciló un instante; pero estaba tan estenuado, tan abatido, y el aguardiente quemado llameando en su taza, prometia un sabor tan delicioso, que no resistió á la tentacion.

—Y además, se dijo, ¿quién se cuida de mí en la actualidad? Y yo, ¡ay! no tengo ya de quien cuidarme.

Diciendo esto, acercó á sus labios, y por la primera vez de su vida, un vaso en que rebosaba el codiciado alcohol.

El cambio que se verificó en él, así que hubo bebido su vaso, fué tan pronto como imprevisto. Federico no era aquel jóven frio, tímido, desanimado, que desesperaba de su porvenir; en aquel momento se encontraba lleno de ardor, de fuego y de audacia, dispuesto á desafiar todos los peligros, á superar todos los obstáculos. No tardó, pues, en prodigar las fanfarronadas, en reir estrepitosamente, sin causa aparente, en centuplicar con sus bocanadas los escudos que hacia sonar en el bolsillo de su chaleco, y en edificar sobre tan frágil base los mas fantásticos castillos.

Al ver aquellas pueriles demostraciones, los jóvenes cambiaron entre sí miradas significativas; el estado de Federico podia agravarse con nuevas libaciones. Uno de ellos propuso salir para ver las tiendas. Los tres se encontraban poseidos de una grande sobreexcitacion; pero Federico, que hasta aquel dia se habia abstenido de toda clase de licores espirituosos, los interrumpia á cada momento. Si cantaban, él gritaba; si reian, él rugia, y decia con la mejor buena fé que nunca se habian ocurrido á su imaginacion tan lindas cosas. Cansados de su paseo, nuestros alegres compañeros se metieron entre un grupo de gentes que estaban apiñadas junto á una confiteria, y como sucede comunmente, los codazos y puñetazos se sucedieron con una rapidez asombrosa, distinguiéndose Federico muy particularmente por sus gestos y el estrépito de sus movimientos. Desgraciadamente en aquel barullo, sirvió un incidente para poner de manifesto su vigor y resolucion: habiéndose colocado delante de él un jóven, que le llevaba de estatura la cabeza, confiando en la superioridad de sus fuerzas, con la visible intencion de ocultarle la tienda que atraia todas las miradas, nuestro héroe dió á aquel provocador una cabezada tan vigorosamente aplicada en medio de las espaldas que le dejó caer sobre un cristal de la puerta vidriera, y rodar aturrido por el suelo. Esta caída estrepitosa fué la señal de un *sálvese el que pueda* desordenado, no ocupándose cada uno mas que de sí mismo; de lo que resultó, que como Federico no poseia la menor nocion práctica sobre aquella retirada tan admirablemente ejecutada por sus compañeros de desórden, fué arrestado con la mayor facilidad y confiado á los cuidados de un oficial de civicos que le condujo sin ceremonia á un cuerpo de guardia, donde se le encerró hasta el día siguiente por la mañana, en cuya hora compareció ante el constable encargado de hacerle un interrogatorio, á consecuencia del que fué enviado preso.

Federico no estaba ya ébrio: le parecia que salia de un sueño. Al recordar su conducta, se ruborizaba de vergüenza, y su corazon era presa de sus remordimientos. Habia faltado á la promesa hecha á su madre: ¡habia bebido! ¡Ah! su corazon latia por el horror, cuando traia á su memoria todas las miserias que envuelve esta sola palabra: ¡beber!... Y estaba preso.—¡La prision! ese lugar deshonoroso que su madre le habia presentado como la última jornada de una vida vergonzosa y abyecta.

Al día siguiente, se tendió el pobre mancebo sobre un lecho durísimo, teniendo cuidado de poner bajo su cabeza su paquetito, que contenia el poco dinero que poseia, sus

modestos efectos, desgraciadamente muy escasos, y el libro de su madre. Pero por mas que lo necesitase, por muchas horas se negó el sueño á estender sobre él su benéfico influjo; en fin, no pudo conciliarlo, hasta despues que el jóven prisionero quedó fatigado de lamentarse y de llorar.

Al dia siguiente por la mañana, se despertó Federico con el alma triste, desanimada, y el cuerpo dolorido y presa de un ligero escalofrio; los sucesos de las dos noches anteriores se pintaban fuertemente en su imaginacion, y un cielo oscuro, paredes húmedas y ventanas con barras de hierro, no eran á propósito para reanimar su valor, ni para dar consuelo á su dolor. Por un contraste fatalmente irrisorio, veia al mismo tiempo el interior del hogar doméstico de otro tiempo; las cortinas blancas tan limpias que adornaban el lecho y las ventanas de la modesta habitacion de su madre, y muy próximo á aquel lecho, la cuna de su infancia. Pareciale aun en aquella aparicion retrospectiva, que volvía á ver á su madre, á su buena madre, fijando en él con amor sus ojos azules tan bondadosos y amables...

A pocos momentos entró el carcelero; se afectó realmente al parecer del dolor del jóven; díjole por tanto todo lo que se le ocurrió para consolarle algo. Al medio dia, y como para probar con un ejemplo los sentimientos de hostilidad con que siempre habia mirado el sistema celular, aquel honrado carcelero introdujo en la habitacion de Federico un jovencito, para que, decia, le hiciese compañía y le distrajese. Fué esta una cruel compasion, porque mientras nuestro pobre prisionero estuvo entregado á sus recuerdos, sin duda habia estado triste, pero al menos, ningun ataque sufrieron sus costumbres y carácter, mientras que una mala compañía podia serle gravemente nociva. Mas veamos á continuacion, por el fiel retrato del recién llegado, lo que debemos augurar de la intempestiva visita proporcionada por el inadvertido filántropo.

El jóven tenia unos catorce años, pero su estatura era inferior á su edad; sus ojos grises eran pequeños, y en ellos chispeaba la malicia y la astucia, y ligeramente bizco, hacian todavía mas picaresco el efecto general de su fisonomía. Por otra parte, no estaba desprovisto de imaginacion, acompañada de mucho talento en ciertas cosas: talento de que se forma idea fácilmente, sabiendo que habian sido adquiridos por una cotidiana peregrinacion por las calles, por espacio de muchos años, estando completamente entregado á su voluntad; ademas, aquel muchacho miserable pertenecía á esa raza abandonada, que no tiene ni conciencia, ni principios, ni fé, ni ley, y que se rie de la justicia divina, lo mismo que de la justicia humana. Si iba alguna vez á la iglesia, era para burlarse de las ceremonias de la religion y de sus ministros, ó para imitar, del modo mas ridiculo, la voz de los chantres, y parodiar el tono de los predicadores. Veíasele en todas las fiestas campestres, en las revistas, en las juntas, en una palabra, en toda grande reunion popular, porque alli, no solo encontraba una inmensa variedad de modelos, que él imitaba al punto con una exactitud asombrosa, sino tambien beneficios mas ilícitos; por lo demas, era fecundo en expedientes cuando la miseria le oprimia; era querido en todas las tabernas y bodegones que frecuentaba, porque para el culoteage de las pipas, por las diversas maneras de fumar, no tenia semejante; y esta ciencia popular, de una utilidad tan gene-

ral, la poseia desde la edad de seis años; ademas, habia llegado á hacer una metódica clasificacion de los licores, segun sus propiedades higiénicas, lo cual le hacia naturalmente el oráculo de los bobedores novicios. A las cartas, á los dados, al billar, habia conquistado una superioridad indisputable. Asi que toda jugada dudosa se sometia á su decision, y la sentencia que daba tenia fuerza de ley.

Tal era el compañero, llamado Dick Jones, sea dicho entre paréntesis, conque el carcelero habia obsequiado á nuestro jóven Federico. Aquel fénix de las truhanadas, no desmintió en esta ocasion su reputacion: hizo brillar sucesivamente á los ojos de nuestro héroe, las picardías mas aventuradas, las originalidades mas increíbles de una imaginacion eminentemente escéntrica; revistió de tan agradables formas las paradojas mas extrañas, que Federico comenzó á creer, segun la declaracion magistral de aquel cotidiano triunfador, que la prision no era mas que una pena leve, y aun zera una pena?

Dick Jones conoció fácilmente la metamorfosis que acababa de causar, y no le costó trabajo decidir á Federico á que le contase por qué aventura habia sido puesto preso. Concluida su relacion, compréndese que el sencillo narrador fué proclamado por el oyente un inocente en toda la fuerza de la expresion. Y Dick prorumpió en reir de la mejor gana, de la sencillez del pobre compañero que por su buena fé habia adquirido un derecho á su alta proteccion. La risa de Dick era comunicativa, y Federico no pudo menos de reirse de sí mismo, tan alto como él.

¡Notable ejemplo de una viciosa influencia!... Las escenas que Federico habia recordado todavia en aquella mañana con vergüenza, y que habian hecho nacer en él tan grandes remordimientos, aquellos mismos sucesos no le parecian ya á la tarde mas que agradables desahogos.

Sin embargo, por un movimiento de instintiva prevision, cuando Dick habia entrado en su habitacion, Federico habia empujado con el pie bajo su lecho su pequeño lió, por temor de que escitase la curiosidad y provocase preguntas que hubiesen podido ser embarazosas. Por la misma causa, suprimió en su relacion todo aquella que se referia á su madre y á la época sagrada de su infancia misma; y pronto conoció que esta precaucion no habia sido inútil, porque habiéndose presentado la ocasion, y dicho á su compañero que su madre tenia costumbre de prohibir ciertas cosas, el maestro por escelencia, el señor Dick Jones, le replicó al punto.

—¿Y qué? por mi parte, exclamó el pilluelo, me importaban muy poco las prohibiciones de mi querida mamá, y tendria yo tanta estatura como ahora hasta la rodilla y ya la robaba con toda habilidad.

—¡Robar á vuestra madre! exclamó Federico horrorizado.

—Si, bobo, ¿por qué no? era una de mis buenas jugadas de aquella época. Me aprovechaba del momento en que la buena muger volvía la espalda; ponía con ligereza la mano en su whisky y su azúcar, y el escamoteo estaba hecho.... ó si era cogido en flagrante delito, me arrojaba las tenazas á las piernas, y por mi parte le respondia lanzándole la badila á las suyas; poniéndonos de igual á igual; y asi lo pasábamos.

«Desgraciado el hombre, dice Goethe, cuya madre con su conducta, no ha sabido hacer respetar todas las madres.»

La educacion del pobre Federico hizo rápidos progresos bajo tan hábil profesor. Pasaba horas enteras oyéndole referir toda clase de historias de diverso género; pero todas picantes, llenas de gracejo, que le hacian reir hasta saltarle las lágrimas por las picardías y bufonadas irresistibles que con ellas se mezclaban. Un espíritu mas fuerte que el del sencillo Federico hubiera sucumbido á la tentacion que con tanta habilidad se le armaba.

Dick habia frecuentado los teatros, y con tanto fruto que podia recitar de memoria un gran número de piezas. En materia de destreza era tan sobresaliente, que en sus dias de prision habia enseñado á Federico como por distraccion, los principales juegos de cartas que conocia á fondo. Un mundo nuevo abierto á la ávida curiosidad de su discípulo fué aquella variedad de cartas, con sus personajes históricos mezclados á las innumerables combinaciones de los cálculos y las hipótesis. Federico tenia disposiciones para aquel pasatiempo ingenioso; comenzó por aventurar una pequeña puesta. Esta era la primera luz de aquella llama, que una vez encendida, no puede apagarse ya!....

Jamás es dudoso el resultado de una partida empeñada entre un jugador aprendiz y un jugador consumado: á los pocos dias, las economías de Federico fueron á alojarse en el bolsillo de su profesor. Para ser justos debemos decir que Dick se mostró digno de su fortuna, añadiendo á la escasa comida de la cárcel muchos bocados nutritivos que se complacia en partir con su discípulo. Además demostró su prevision llevando á la cárcel la base de toda buena comida, segun él, una enorme botella de vino, su compañera inseparable. Pero Dick era generoso: al vino daba por auxiliares limones, azúcar y gotas de menta, con el objeto de componer con agua caliente una bebida exquisita. Allí estaba el secreto, el fatal secreto de adormecer la conciencia y la memoria, de trasformar los remordimientos punzantes en una alegría delirante; allí estaba, en una palabra, y tambien segun Dick, el medio infalible de llegar á ser un verdadero ladrón, un bribón de peso.

¿Pero Federico se ha perdido sin que tenga ya remedio?... ¿Todos los principios de religion que le habia inculcado su madre se han borrado para siempre? No, todavia no. Sin duda, esteriormente, no da señal alguna de piedad, pero en el fondo de su corazón germinan buenos sentimientos. Muchas veces, repetidas, cuando su demonio tentador dormia por la noche, echado á su lado, se ha arrodillado para orar á Dios, y ha sentido sobre su frente la mano tutelar de su madre; ha derramado lágrimas causadas por los remordimientos, y él mismo se ha asustado del funesto cambio que ha experimentado. ¡Cuántas veces tambien no ha soñado en su madre, en su hermana, vestidas de blanco, bellas como ángeles y adelantándose á su encuentro! Pero entre él y ellas se abre un abismo que se ensancha cada vez mas, y en su derredor ciérranse tinieblas que se espesan por momentos hasta que la luz desaparece completamente.

Recogido despues en el silencio de la noche, Federico formaba las mas bellas resoluciones: ya no debia beber, ni jurar, ni reir de las fútiles chanzonetas de Dick el tentador. Pero estas bellas resoluciones de media noche, no tenian ordinariamente otro resultado que hacer reir de alegría á los ángeles de las tinieblas y suspirar de

dolor á los ángeles de la luz; porque con el dia vuelve la anterior tentacion, y con ella, el espíritu del hombre de antes. Con el dia vuelve tambien la inexorable realidad que le muestra las paredes de su triste prision y el satánico rostro de su jóven tentador.

¡Vanos esfuerzos! Federico conocia que no podia volver al bien con la sociedad de Dick. Concluyó por renunciar á una lucha que traia indudablemente el triunfo del mal. ¡Así pues nada de combates! ¡basta de reservas! ¡fuera el freno! La embriaguez, la repugnante embriaguez se hace su fiel compañera; pronto descenderá hasta el embrutecimiento. Un dia mas, y el pobre huérfano se pierde sin remedio. Pero ese mismo dia fué el de su salvacion, Porque Dios no habia sido sordo á sus fervientes plegarias.

En la mañana de aquel dia, la celda de los dos amigos fué visitada por el capellan. Dick escuchó sin interrumpirle, sus piadosas exhortaciones, pero al mismo tiempo mascaba lentamente su tabaco de hoja, combinando para el porvenir una escena grotesca para lo que aquella circunstancia le proporcionaria pretesto. Pero el alma de su compañero era menos insensible.

La visita del buen sacerdote fué un rayo para Federico; ella le sacó repentinamente del letargo en que yacia, y á las primeras palabras que le dirigieron, sus remordimientos brotaron en lágrimas y sollozos; despues, con una humilde, sincera y general confesion, alivió su turbada conciencia. Este fué el paso decisivo que le hizo volver á la senda del bien, de la que no habia de separarse mas desde aquel dia.

Puesto en libertad, fué colocado por la solicitud del digno capellan en clase de mozo de quinta en casa de una viuda ya de edad y sin hijos, que concluyó por adoptarle aprendiendo á conocerle; y frecuentemente daba gracias á Dios de haberla dado aquel hijo, salvándole tan felizmente de la mas funesta influencia, la del mal ejemplo!

EL CONDE DE FABRAQUER.

MADAMA DE MAINTENON

Y EL COLEGIO DE SAINT-CIR.

Madama de Maintenon, querida primero, y despues esposa de Luis XIV, tenia cincuenta años cuando le dió la mano. Era hermosa todavia. *Las damas de Saint-Cir* dicen en su memoria, «que tenia el sonido de voz mas agradable, el tono mas afectuoso, una frente ancha y risueña, gesto natural, la mano mas hermosa del mundo, y ojos de fuego... La primera ojeada era imponente y como velada de severidad: la sonrisa y la voz disipaban la nube.» San Simon, maldiciente y murmurador como se sabe que era, inclinado á la crítica mas que á la alabanza, reconoce «que tenia mucho talento, una gracia incomparable para todo, un aire de elegancia y al mismo tiempo de modestia y respeto, con un lenguaje afable, justo, en buenos términos y naturalmente elocuente y conciso.» El abate de Choris habla de la viveza y del brillo de sus ojos, y añade: «Resaltaba tanto talento y tanta gracia en su rostro cuando hablaba, que era difícil ver-

la muchas veces sin profesarla la mayor inclinacion.» Por último, el mismo Fenelon, que con tanta severidad juzgaba á Luis XIV, admiraba los dones exteriores de Mad. Maintenon: «Era, dice, la sabiduría hablando por la boca de las gracias.» La sencillez tranquila y reposada, en efecto, era la cualidad dominante de Mad. de Maintenon.

Cuéntase que el rey, cuando la preguntaba su parecer en presencia de los ministros, la decia: «¿Qué piensa la razón? ¿Qué piensa vuestra solidez?» Conocia cuán superior le era por la fuerza moral y lo igual de carácter, y tenia el buen talento de sacar provecho y ventaja de esto sin humillarse, y tanto mas cuanto que ordinariamente no la consultaba sino en secreto; y despues, no concediéndola una autoridad efectiva, hacia como dueño absoluto de su voluntad lo que mejor le parecia. «Es una santa, decia; tiene todas las perfecciones y mas talento que la mayor parte de los hombres.»

No supo inspirar el rey tan buena opinion de sí mismo á Mad. de Maintenon: aunque era de una extrema discrecion en todo lo relativo al rey, se la escapaban, ya en tiempo de su vida, ya despues de su muerte, algunas palabras significativas: «Me amaba, es verdad, dice, y mas que á nadie; pero con esto no me amaba todo lo que era capaz de amar.—Mi vida ha sido de milagro: cuando pienso que yo he nacido impaciente, y que el rey jamás lo ha notado, aun cuando muchas veces he estado á punto de echarlo todo por la ventana, y que he nacido franca y que me ha sido preciso disimular en todo..... solo Dios sabe cuanto yo he sufrido; pero él no me habia puesto donde yo estaba para hacerle sufrir...» Su mas grande deseo, que era hacer al rey viva y sinceramente religioso, le fué imposible conseguirlo. En su vejez solo fué devoto, segun la acepcion menos favorable de esta palabra. Decia: «El rey no dejará de ir á un jubileo, ni á una estacion, ni á una abstinencia; empero, no comprenderá que es preciso humillarse, arrepentirse y amar á Dios mas que temerle: el fondo está lleno de religion, pero la ignorancia de ella es estraña..... El cree expiar sus faltas cuando es inexorable con las de los demas.»

Parece demostrado hoy que Mad. de Maintenon no aconsejó al rey la revocacion del Edicto de Nantes, es decir, que no tomó la iniciativa; pero está reconocido que lo aprobó con la esperanza poco ilustrada de que por este medio conseguiria la conversion de los protestantes sin estar obligada á recurrir á la violencia. Con este motivo escribia el 13 de agosto de 1684: «Mr. de Chateaufort ha propuesto medios que no convienen: es preciso no precipitar las cosas: es preciso convertir y no perseguir.»—«Me lamento, decia mas tarde en una carta á Fenelon, me lamento de las vejaciones que se les hacen sufrir, pero no abriré ni boca para quejarme; me acusarian mis enemigos tambien de ser protestante, y no serviria de nada todo el bien que pudiese hacer.» Hubiera querido Fenelon que hubiera tenido mas ardor, mas voluntad en obrar, y que así se hubiera decidido mas resueltamente, aunque con destreza, á dar una direccion mas liberal á la política de Luis XIV. Negóse siempre á esto, oponiendo á cuanto se la decia en este sentido «que era una persona incapaz de ocuparse de esos negocios, que habia oido hablar demasiado tarde de ellos para tener habilidad, y que los tenia mas aborrecimiento á medida que los conocia.» Añadia: «No quieren que yo me mezcle en los negocios, y yo tampoco quiero mezclarme en ellos. No se ocultan de mí, pero yo no sé nada, y eso que vienen á contármelo con fre-

cuencia.» Además, no asistió mas que dos veces en su vida al consejo de ministros, y se retiró toda consternada: «Me moriria de dolor, exclamó, si asistiese con frecuencia. ¡Cuán dignos de lástima son los reyes! ¡Qué malos son los hombres!» Hubiera querido solamente que el rey viese gente honrada capaz de hacerle amar la virtud, y separarle de aquella corrupcion de máximas y de aduladores que le rodeaban. Así estaba mal con Louvois, que arrastraba incesantemente á Luis XIV al despotismo absoluto, para satisfacer todos sus caprichos, sus prodigalidades y las guerras. El autor de la *Historia de la casa real de Saint-Cir*, Teofilo Lavallo, confirma así su opinion sobre esta célebre muger: «Mad. de Maintenon no ha tenido sobre Luis XIV la maléfica influencia que la han atribuido sus enemigos. No ha tenido grandes miras, no le ha inspirado grandes cosas..... Se puede decir que en muchas circunstancias ha achicado al buen rey, pero siempre le dió consejos saludables, desinteresados, útiles al estado, al alivio del pueblo; y en definitiva ha hecho á la Francia un bien real reformando la vida de un hombre, cuyas pasiones habian sido divinizadas..... Y haciéndole capaz de sostener con rostro siempre igual y verdaderamente cristiano, los desastres del fin de su reinado.»

Adopten ó no este juicio sobre Mad. de Maintenon, parece seguro que no es un papel político el que recomienda mas su memoria. Ha tenido en efecto, muy poca accion sobre el gobierno y destinos de su pais. Sus verdaderos títulos son de un órden muy diferente. Tenia una vocacion decidida por la educacion de la juventud, y su elevacion al lado del trono le dió la facilidad de seguir, aumentando y dirigiendo la casa de Saint-Cir, lo que la ha dado derecho á un lugar honroso en la historia del siglo XVII.

Gracias á las laboriosas investigaciones de Teofilo Lavallo, y del duque de Noailles, se sabe ahora la historia de la casa de Saint-Cir, hasta en sus menores detalles.

Una pequeña escuela de aldea fundada por una religiosa ursulina, Mad. de Brinon, en Monchevri, transportada despues á Monmorency en 1680 (cinco años antes del matrimonio de Mad. de Maintenon con Luis XIV), despues á Rueil, en 1682, y al castillo de Noissy cerca de Versailles, en 1683 y 1684, fueron los principios de Saint-Cir. Mad. de Maintenon, que habia ayudado á Mad. Brinon en Monchevri, la auxilió con mas interés todavia en Monmorency: tomó la alta direccion del establecimiento en Rueil, y se consagró enteramente á él cuando obtuvo del rey la autorizacion para colocar á las jóvenes pensionistas y á sus maestras en el castillo de Noissy. Las primeras niñas enseñadas por Mad. de Brinon eran muchachas aldeanas, y á medida que se fué agrandando la escuela fué tomando mas altura. En Rueil se admitieron ya niñas de caballeros pobres: por último, se llegó á la idea de consagrar especial y esclusivamente el establecimiento, á la educacion de las jóvenes de la nobleza pobre.

Este era á la vez un pensamiento político, á la vez que caritativo, y bajo el aspecto político sobre todo, hizo madama Maintenon que se interesase Luis XIV en la empresa. Arruinada la nobleza de las provincias por las guerras, vivia muy miserablemente, aunque exenta de contribuciones, mientras veia que los tesoros del estado se prodigaban á la nobleza de la corte.

Fué preciso pensar en adularlos para impedir que conocieran daban toda su sangre y su fortuna á una monarquía ingrata y necesitada de sus esfuerzos. Con este objeto se fun-

La educacion del pobre Federico hizo rápidos progresos bajo tan hábil profesor. Pasaba horas enteras oyéndole referir toda clase de historias de diverso género; pero todas picantes, llenas de gracejo, que le hacian reir hasta saltarle las lágrimas por las picardías y bufonadas irresistibles que con ellas se mezclaban. Un espíritu mas fuerte que el del sencillo Federico hubiera sucumbido á la tentacion que con tanta habilidad se le armaba.

Dick habia frecuentado los teatros, y contanto fruto que podia recitar de memoria un gran número de piezas. En materia de destreza era tan sobresaliente, que en sus dias de prision habia enseñado á Federico como por distraccion, los principales juegos de cartas que conocia á fondo. Un mundo nuevo abierto á la ávida curiosidad de su discípulo fué aquella variedad de cartas, con sus personajes históricos mezclados á las innumerables combinaciones de los cálculos y las hipótesis. Federico tenia disposiciones para aquel pasatiempo ingenioso; comenzó por aventurar una pequeña puesta. Esta era la primera luz de aquella llama, que una vez encendida, no puede apagarse ya!....

Jamás es dudoso el resultado de una partida empeñada entre un jugador aprendiz y un jugador consumado: á los pocos dias, las economías de Federico fueron á alojarse en el bolsillo de su profesor. Para ser justos debemos decir que Dick se mostró digno de su fortuna, añadiendo á la escasa comida de la cárcel muchos bocados nutritivos que se complacia en partir con su discípulo. Además demostró su prevision llevando á la cárcel la base de toda buena comida, segun él, una enorme botella de vino, su compañera inseparable. Pero Dick era generoso: al vino daba por auxiliares limones, azúcar y gotas de menta, con el objeto de componer con agua caliente una bebida exquisita. Allí estaba el secreto, el fatal secreto de adormecer la conciencia y la memoria, de transformar los remordimientos punzantes en una alegría delirante; allí estaba, en una palabra, y tambien segun Dick, el medio infalible de llegar á ser un verdadero ladron, un bribon de peso.

¿Pero Federico se ha perdido sin que tenga ya remedio?... ¿Todos los principios de religion que le habia inculcado su madre se han borrado para siempre? No, todavia no. Sin duda, esteriormente, no da señal alguna de piedad, pero en el fondo de su corazón germinan buenos sentimientos. Muchas veces, repetidas, cuando su demonio tentador dormia por la noche, echado á su lado, se ha arrodillado para orar á Dios, y ha sentido sobre su frente la mano tutelar de su madre; ha derramado lágrimas causadas por los remordimientos, y él mismo se ha asustado del funesto cambio que ha experimentado. ¡Cuántas veces tambien no ha soñado en su madre, en su hermana, vestidas de blanco, bellas como ángeles y adelantándose á su encuentro! Pero entre él y ellas se abre un abismo que se ensancha cada vez mas, y en su derredor ciérranse tinieblas que se espesan por momentos hasta que la luz desaparece completamente.

Recogido despues en el silencio de la noche, Federico formaba las mas bellas resoluciones: ya no debia beber, ni jurar, ni reir de las fútiles chanzonetas de Dick el tentador. Pero estas bellas resoluciones de media noche, no tenian ordinariamente otro resultado que hacer reir de alegría á los ángeles de las tinieblas y suspirar de

dolor á los ángeles de la luz; porque con el dia vuelve la anterior tentacion, y con ella, el espíritu del hombre de antes. Con el dia vuelve tambien la inexorable realidad que le muestra las paredes de su triste prision y el satánico rostro de su jóven tentador.

¡Vanos esfuerzos! Federico conocia que no podia volver al bien con la sociedad de Dick. Concluyó por renunciar á una lucha que traia indudablemente el triunfo del mal. ¡Así pues nada de combates! ¡basta de reservas! ¡fuera el freno! La embriaguez, la repugnante embriaguez se hace su fiel compañera; pronto descenderá hasta el embrutecimiento. Un dia mas, y el pobre huérfano se pierde sin remedio. Pero ese mismo dia fué el de su salvacion. Porque Dios no habia sido sordo á sus fervientes plegarias.

En la mañana de aquel dia, la celda de los dos amigos fué visitada por el capellan. Dick escuchó sin interrumpirle, sus piadosas exhortaciones, pero al mismo tiempo mascaba lentamente su tabaco de hoja, combinando para el porvenir una escena grotesca para lo que aquella circunstancia le proporcionaria pretexto. Pero el alma de su compañero era menos insensible.

La visita del buen sacerdote fué un rayo para Federico; ella le sacó repentinamente del letargo en que yacia, y á las primeras palabras que le dirigieron, sus remordimientos brotaron en lágrimas y sollozos; despues, con una humilde, sincera y general confesion, alivió su turbada conciencia. Este fué el paso decisivo que le hizo volver á la senda del bien, de la que no habia de separarse mas desde aquel dia.

Puesto en libertad, fué colocado por la solicitud del digno capellan en clase de mozo de quinta en casa de una viuda ya de edad y sin hijos, que concluyó por adoptarle aprendiendo á conocerle; y frecuentemente daba gracias á Dios de haberla dado aquel hijo, salvándole tan felizmente de la mas funesta influencia, la del mal ejemplo!

EL CONDE DE FABRAQUER.

MADAMA DE MAINTENON

Y EL COLEGIO DE SAINT-CIR.

Madama de Maintenon, querida primero, y despues esposa de Luis XIV, tenia cincuenta años cuando le dió la mano. Era hermosa todavia. *Las damas de Saint-Cir* dicen en su memoria, «que tenia el sonido de voz mas agradable, el tono mas afectuoso, una frente ancha y risueña, gesto natural, la mano mas hermosa del mundo, y ojos de fuego... La primera ojeada era imponente y como velada de severidad: la sonrisa y la voz disipaban la nube.» San Simon, maldiciente y murmurador como se sabe que era, inclinado á la crítica mas que á la alabanza, reconoce «que tenia mucho talento, una gracia incomparable para todo, un aire de elegancia y al mismo tiempo de modestia y respeto, con un lenguaje afable, justo, en buenos términos y naturalmente elocuente y conciso.» El abate de Choris habla de la viveza y del brillo de sus ojos, y añade: «Resaltaba tanto talento y tanta gracia en su rostro cuando hablaba, que era difícil ver-

la muchas veces sin profesarla la mayor inclinacion.» Por último, el mismo Fenelon, que con tanta severidad juzgaba á Luis XIV, admiraba los dones esteriore de Mad. Maintenon: «Era, dice, la sabiduría hablando por la boca de las gracias.» La sencillez tranquila y reposada, en efecto, era la cualidad dominante de Mad. de Maintenon.

Cuéntase que el rey, cuando la preguntaba su parecer en presencia de los ministros, la decia: «¿Qué piensa *la razon*? ¿Qué piensa *vuestra solidez*?» Conocia cuán superior le era por la fuerza moral y lo igual de carácter, y tenia el buen talento de sacar provecho y ventaja de esto sin humillarse, y tanto mas cuanto que ordinariamente no la consultaba sino en secreto; y despues, no concediéndola una autoridad efectiva, hacia como dueño absoluto de su voluntad lo que mejor le parecia. «Es una santa, decia; tiene todas las perfecciones y mas talento que la mayor parte de los hombres.»

No supo inspirar el rey tan buena opinion de sí mismo á Mad. de Maintenon: aunque era de una estrema discrecion en todo lo relativo al rey, se la escapaban, ya en tiempo de su vida, ya despues de su muerte, algunas palabras significativas: «Me amaba, es verdad, dice, y mas que á nadie; pero con esto no me amaba todo lo que era capaz de amar.—Mi vida ha sido de milagro: cuando pienso que yo he nacido impaciente, y que el rey jamás lo ha notado, aun cuando muchas veces he estado á punto de echarlo todo por la ventana, y que he nacido franca y que me ha sido preciso disimular en todo..... solo Dios sabe cuanto yo he sufrido; pero él no me habia puesto donde yo estaba para hacerle sufrir...» Su mas grande deseo, que era hacer al rey viva y sinceramente religioso, le fué imposible conseguirlo. En su vejez solo fué devoto, segun la acepcion menos favorable de esta palabra. Decia: «El rey no dejará de ir á un jubileo, ni á una estacion, ni á una abstinencia; empero, no comprenderá que es preciso humillarse, arrepentirse y amar á Dios mas que temerle: el fondo está lleno de religion, pero la ignorancia de ella es estraña..... El cree expiar sus faltas cuando es inexorable con las de los demas.»

Parece demostrado hoy que Mad. de Maintenon no aconsejó al rey la revocacion del Edicto de Nantes, es decir, que no tomó la iniciativa; pero está reconocido que lo aprobó con la esperanza poco ilustrada de que por este medio conseguiria la conversion de los protestantes sin estar obligada á recurrir á la violencia. Con este motivo escribia el 13 de agosto de 1684: «Mr. de Chateaufort ha propuesto medios que no convienen: es preciso no precipitar las cosas: es preciso convertir y no perseguir.»—«Me lamento, decia mas tarde en una carta á Fenelon, me lamento de las vejaciones que se les hacen sufrir, pero no abriré mi boca para quejarme; me acusarian mis enemigos tambien de ser protestante, y no serviria de nada todo el bien que pudiese hacer.» Hubiera querido Fenelon que hubiera tenido mas ardor, mas voluntad en obrar, y que así se hubiera decidido mas resueltamente, aunque con destreza, á dar una direccion mas liberal á la política de Luis XIV. Negóse siempre á esto, oponiendo á cuanto se la decia en este sentido «que era una persona incapaz de ocuparse de esos negocios, que habia oido hablar demasiado tarde de ellos para tener habilidad, y que los tenia mas aborrecimiento á medida que los conocia.» Añadia: «No quieren que yo me mezcle en los negocios, y yo tampoco quiero mezclarme en ellos. No se ocultan de mí, pero yo no sé nada, y eso que vienen á contármelo con fre-

cuencia.» Además, no asistió mas que dos veces en su vida al consejo de ministros, y se retiró toda consternada: «Me moriría de dolor, exclamó, si asistiese con frecuencia. ¡Cuán dignos de lástima son los reyes! ¡Qué malos son los hombres!» Hubiera querido solamente que el rey viese gente honrada capaz de hacerle amar la virtud, y separarle de aquella corrupcion de máximas y de aduladores que le rodeaban. Así estaba mal con Louvois, que arrastraba incesantemente á Luis XIV al despotismo absoluto, para satisfacer todos sus caprichos, sus prodigalidades y las guerras. El autor de la *Historia de la casa real de Saint-Cir*, Teofilo Laval, confirma así su opinion sobre esta célebre muger: «Mad. de Maintenon no ha tenido sobre Luis XIV la maléfica influencia que la han atribuido sus enemigos. No ha tenido grandes miras, no le ha inspirado grandes cosas..... Se puede decir que en muchas circunstancias ha achicado al buen rey, pero siempre le dió consejos saludables, desinteresados, útiles al estado, al alivio del pueblo; y en definitiva ha hecho á la Francia un bien real reformando la vida de un hombre, cuyas pasiones habian sido divinizadas..... Y haciéndole capaz de sostener con rostro siempre igual y verdaderamente cristiano, los desastres del fin de su reinado.»

Adopten ó no este juicio sobre Mad. de Maintenon, parece seguro que no es un papel político el que recomienda mas su memoria. Ha tenido en efecto, muy poca accion sobre el gobierno y destinos de su pais. Sus verdaderos títulos son de un órden muy diferente. Tenia una vocacion decidida por la educacion de la juventud, y su elevacion al lado del trono le dió la facilidad de seguir, aumentando y dirigiendo la casa de Saint-Cir, lo que la ha dado derecho á un lugar honroso en la historia del siglo XVII.

Gracias á las laboriosas investigaciones de Teofilo Laval, y del duque de Noailles, se sabe ahora la historia de la casa de Saint-Cir, hasta en sus menores detalles.

Una pequeña escuela de aldea fundada por una religiosa ursulina, Mad. de Brinon, en Monchevri, transportada despues á Monmorency en 1680 (cinco años antes del matrimonio de Mad. de Maintenon con Luis XIV), despues á Rueil, en 1682, y al castillo de Noissi cerca de Versailles, en 1683 y 1684, fueron los principios de Saint-Cir. Mad. de Maintenon, que habia ayudado á Mad. Brinon en Monchevri, la auxilió con mas interés todavia en Monmorency: tomó la alta direccion del establecimiento en Rueil, y se consagró enteramente á él cuando obtuvo del rey la autorizacion para colocar á las jóvenes pensionistas y á sus maestras en el castillo de Noissi. Las primeras niñas enseñadas por Mad. de Brinon eran muchachas aldeanas, y á medida que se fué agrandando la escuela fué tomando mas altura. En Rueil se admitieron ya niñas de caballeros pobres: por último, se llegó á la idea de consagrar especial y esclusivamente el establecimiento, á la educacion de las jóvenes de la nobleza pobre.

Este era á la vez un pensamiento político, á la vez que caritativo, y bajo el aspecto político sobre todo, hizo madama Maintenon que se interesase Luis XIV en la empresa. Arruinada la nobleza de las provincias por las guerras, vivia muy miserablemente, aunque exenta de contribuciones, mientras veia que los tesoros del estado se prodigaban á la nobleza de la corte.

Fué preciso pensar en adularlos para impedir que conocieran daban toda su sangre y su fortuna á una monarquía ingrata y necesitada de sus esfuerzos. Con este objeto se fun-

daron tres establecimientos: el cuartel de inválidos, donde se recibieron cierto número de oficiales achacosos ó heridos, que no fué una obra de ostentación y de lujo, si se considera el pequeño número de individuos llamados á aprovecharse de ella: las *compañías de segundones* formados en las plazas fronterizas en donde se daba la instrucción militar á cuatro mil hijos de caballeros; y por último, la casa de educación de Mad. de Maintenon, que se convirtió en una institución pública establecida en Saint-Cir, por letras patentes del mes de mayo de 1686.



Madama de Maintenon.

Luis XIV había querido desde luego que la casa fuese colocada en Versalles, y aun en cierto modo en medio de la corte. Mad. de Maintenon se lo quitó de la cabeza, y se compró en Saint-Cir un antiguo castillo que pertenecía al marqués de S. Uriton; pero del que no se aprovechó mas que los cimientos, lo demás se construyó de nuevo.

Encargado Mausard de elegir el sitio donde había de hacer el edificio, prefirió reedificarlo sobre las ruinas del antiguo castillo, y entonces quedó construido ese gran colegio que debía ser una de las primeras instituciones del estado. Tratábase de formar en él el corazón y el alma de una serie de generaciones de jóvenes doncellas, que fue-